

descabellada: aminorar en nombre del pragmatismo la eminente dignidad de la ciencia y su eminente utilidad. Uno de los más grandes jefes indiscutibles de la nueva tendencia, Bergson, renegaría altamente, sin duda, de esta consecuencia. El cree tan sólo que hay que profundizar en la naturaleza de la actividad práctica, del instinto creador, para descubrir más allá de las explicaciones intelectualistas de la ciencia, a la vez que la razón de ser de ésta, la razón de ser en general.

Si la filosofía actual tiene de verdad su sentido real en la aproximación más estrecha posible del problema de la acción y el de la ciencia, el sucinto examen de la posición del problema moral debe bastar para subrayar y precisar el centro de sus discusiones.

Para los positivistas, la acción no puede hallarse ligada a la ciencia y a la experiencia sobre la que esta última reposa, sino como la consecuencia al principio. Las artes técnicas que "aplican" la ciencia a las necesidades de la práctica facilitan en este caso el modelo sobre el que deben concebirse las relaciones de la moral con la ciencia. La moral no será sino un arte técnico, la técnica de las costumbres, que aplica los resultados de la ciencia de las costumbres, de la sociología, a la conducta humana. Esta posición ha sido fijada claramente por Lévy-Brühl, cuya obra *La Morale et la Science des moeurs* puede considerarse como la conciencia más explícita de la tendencia positivista. Con Durkheim, cuyas opiniones son muy afines, y que no las ha expuesto sino incidentalmente en un prefacio a la *Division du travail social*, pero antes que

Lévy-Brühl, puede considerarse a este último como el continuador directo y el renovador del positivismo.

Alrededor de esta primera escuela, la más clara y la más decidida, cabe colocar, aun cuando a veces la combatan con encarnizamiento, a todos aquellos que sólo ven en el hombre una razón, una e indivisible, bien que ésta conozca o que actúe, y para los cuales la acción no tiene valor sino cuando es la consecuencia de una deliberación razonada; a todos los racionalistas, en una palabra, particularmente cuando, como Séailles, dejan un lugar considerablemente amplio a los datos científicos.

La otra tendencia, más flúida merced al pragmatismo angloamericano, se manifiesta de una manera luminosa en las obras de Bergson. *L'Evolution créatrice* es en este aspecto una realización comparable con la de Lévy-Brühl en el otro. En ellas se considera a las ciencias como una necesidad de la actividad práctica sobre las cosas inertes, materiales. Es, aproximadamente, la concepción helénica primitiva de las artes. Aquéllas son instrumentos, herramientas, y se originan del interés que nos ha llevado a la invención de las herramientas.

En lugar de buscar en la ciencia el principio de la actividad, es menester ir a tomarlo más allá de la ciencia, retrocediendo al origen de toda acción, de la cual la ciencia no es sino una dirección particular: en el instinto, en el impulso vital creador de la evolución, en la intuición de la conciencia activa, que no es otra cosa que la forma superior, humana, del instinto. En la corriente filosófica conti-

gua a estasideas, la moral será considerada como una disciplina que, lo mismo que la ciencia, responde a necesidades prácticas, pero a otras necesidades prácticas; entonces se llegará, bien a una mística de la acción, que se desenvolverá en un plano diferente al de la ciencia, bien a una restauración de la tradición, instinto de las sociedades, que aproxime más íntimamente aún la moral y la ciencia, identificando el respeto de los hechos con la superstición del pasado.

§ 6.—*El interés de las discusiones filosóficas contemporáneas.*

Acabamos de tratar de formular de la manera más precisa posible el problema filosófico tal como nos parece plantearse en la actualidad. Y para ello le hemos reducido, con el fin de hacerle más inteligible, a su expresión más seca y más lacónica. Ahora falta mostrar, para percibirlo por completo, todos los intereses que vienen a agruparse en torno suyo y de los cuales es inseparable.

A primera vista, el disentimiento fundamental que separa a nuestros filósofos parece muy bien teórico; cuestión de mandarines, se siente uno tentado de decir. Que la ciencia derive de la práctica o que, por el contrario, la práctica se base en la ciencia, ¿no parece que no sobra tiempo que perder en disertar sobre cosa tan chinesca? Pero a poco que se reflexiona se ve que esta aburrida disertación se enriquece con manifestaciones imprevisas.

Admitámos, en efecto, por un instante, que la

tesis pragmática sea exacta y que la ciencia no sea más que una industria especial, una técnica apropiada a ciertas necesidades. ¿Cuál es el resultado?

En primer lugar, la verdad no es más que una palabra. Una afirmación cierta será una receta de artifice que tenga éxito. Y como hay varios artifices capaces de asegurarnos el éxito en presencia de las mismas circunstancias, como hay, según los individuos, necesidades muy diferentes, deberemos adoptar el aforismo pragmático; todas las proposiciones, todos los razonamientos que nos conduzcan a los mismos resultados prácticos serán equivalentes e igualmente ciertos y todos los que lleven a resultados prácticos serán legítimos con idéntica razón. Dedúcese de este nuevo sentido de la palabra *verdad* que nuestras ciencias no son otra cosa que construcciones eventuales y fortuitas, que podrían ser completamente distintas de como son y ser, sin embargo, igualmente ciertas, es decir, igualmente buenas en tanto se las considere como medios de acción.

El fracaso de la ciencia como forma real de saber, como potencia de verdad: he ahí una primera conclusión. La legitimidad de otros procedimientos, muy distintos de la inteligencia y la razón, como el sentimiento místico: he ahí una segunda conclusión. Por estas conclusiones es por lo que se ha edificado en el fondo toda la filosofía que aparentemente coronan.

La ciencia, de tomar sus afirmaciones por verdades, en el pleno sentido de la palabra, es, en efecto, muy engorrosa desde ciertos puntos de vista. Ha sido el tesoro adonde siempre han venido a ex-

traer algo los partidarios de una emancipación racional de la humanidad. Los que no quieren creer sino con pruebas sólo se han declarado satisfechos por la ciencia y han opuesto desdeñosamente a las creencias las verdades científicas.

¡Qué buen argumento será entonces contra estos espíritus fuertes el pagarles en su misma moneda! Las verdades científicas! Estas verdades sólo tienen de tales el nombre. También ellas son creencias, y creencias de un orden inferior, creencias que no pueden utilizarse sino para la acción material: no tienen más valor que el de un instrumento técnico. Creencias por creencias, el dogma religioso, la ideología metafísica o moral les son bien superiores.

En todo caso, ni el uno ni la otra podrían ser estorbados por la ciencia, puesto que el privilegio de ésta es caduco.

Por esta razón el grueso del ejército pragmatista se apresura a restaurar frente a la experiencia científica la experiencia moral (1), la experiencia metafísica y, sobre todo, la experiencia religiosa. Todas estas experiencias se desenvuelven separadamente y sin poder estorbarse nunca, porque se dirigen hacia la satisfacción de necesidades diferentes, hacia partes diversamente distintas de la práctica (satisfacción de las necesidades materia-

(1) Esto no se aplica de ningún modo a los que, como *Rauh*, en *L'Expérience Morale*, entienden esta palabra en el sentido científico y se colocan más bien entre los adversarios de estas ideas.

les, de la conciencia moral o del sentimiento religioso), creadoras de valores diferentes. Esta cómoda expresión, nueva "tarta de crema" de los pragmatistas, es una respuesta para todo. Sirve, por ejemplo, con W. James por un lado y con Le Roy y los modernistas por el otro para conciliar el dogma y la ciencia. Ciencia y dogma son géneros de creencia motivados por la práctica, actitudes paralelas del espíritu, que por mucho que se las prolongue nunca podrán encontrarse. Si para obrar sobre el mundo exterior nos vemos obligados a admitir ciertas proposiciones científicas, esto no podrá impedirnos admitir las proposiciones de la fe para iluminar el mundo interior y la conciencia. Hay aquí prácticas de orden distinto, cada una de las cuales suscita los medios que le son propios.

¿Son incluso siempre paralelos los planos sobre los cuales se desarrollan estas creencias? La teoría pragmatista, entre las manos de algunos de sus adeptos, permite ir más lejos: hay planos superiores y planos inferiores. Una vez montado este nuevo caballo de batalla, fácil es prever adónde se irá a parar. La ciencia, vuelta hacia la satisfacción de necesidades materiales, vuelta hacia el exterior, no puede situarse sino en el plano inferior, junto al sentido común y acaso bajo éste, porque es más artificial y más abstracta, y si luego, por ventura, a pesar de todas las precauciones tomadas, puede parecer que se convierte en un obstáculo, ella es la que debe sacrificarse.

Frente al modernismo religioso, la ortodoxia adopta una solución de este género, y cuando el modernismo se encuentra en el seno de una reli-

gión autoritaria como el catolicismo y, a pesar de todo, quiere doblarse a ella fielmente, no dista mucho de adoptar una solución análoga. Le Roy distinguirá, por ejemplo, el sentido práctico del dogma de su sentido esotérico y real. El sentido práctico del dogma, exactamente igual que el sentido de una proposición científica, se subordina a la práctica; tiene el mismo rango y el mismo valor y debe interpretarse pragmáticamente. Pero el sentido religioso del dogma ya no lo define la práctica. Este es la verdad, el resultado de la revelación. Es un conocimiento, una enseñanza, un saber necesario e inmutable que hemos recibido, mientras que ciencia y moral no son sino exigencias históricamente eventuales de la práctica. La interpretación pragmática de la ciencia permite, pues, decretar que la ciencia no tiene ninguna relación con la verdad para dejar el campo libre a otras fuentes de verdad, la fuente religiosa, la metafísica o la moral.

El determinismo matemático de las ciencias modernas no será más que un símbolo, un esquema superficial, y se subordinará muy bien, por ejemplo, a una metafísica aristotélica de la cualidad adaptada a la moda tomista. La ciencia tornará a ser, como en los bellos tiempos de la escolástica, la sirviente de la teología, la *ancilla theologiae*.

Los metafísicos no se perdonarían el no aprovecharse de esta época. A la vez que a la restauración religiosa el pragmatismo ayuda a la restauración metafísica. A continuación de Kant y de Comte el positivismo invadió casi todo el dominio del conocimiento en el transcurso del siglo XIX. Especialmente la biología y la psicología se emanciparon

de las tutelas y las ideologías filosóficas. Pero bajo la inspiración pragmática puede notarse ya en estos dominios un retorno violentamente ofensivo y verosíblemente pasajero de la metafísica, sobre todo en los países en que ha nacido el pragmatismo: América e Inglaterra. No es sólo en política en lo que puede observarse a veces la "ola ascendente de la reacción". Así, junto a los que han subordinado la ciencia a la práctica, vienen a colocarse los que subordinan la ciencia a la metafísica, aun cuando continúen la antigua tradición racionalista honrando una razón que sólo tiene de común el nombre con la que utilizan los sabios.

Entre los metafísicos que continúan más directamente las rutinas de la época precedente y secundan sin cansarse nunca la empresa de "fundar" la moral, es donde se encuentra sobre todo una actitud bastante conforme con la que acabamos de describir. La absoluta separación de los planos sobre los cuales se desenvolverían la ciencia, la metafísica y la moral, les permite ignorar la ciencia con tranquilidad—lo cual es muy cómodo—y predicar lugares comunes que desacreditan la filosofía entre las gentes serias y no logran interesar a las demás. Por esta razón el menor reproche que puede dirigírseles es el de ser profundamente inútiles (1).

(1) Esta es la causa de que esta filosofía sermonaria se encuentre por fortuna en vías de desaparecer. Esta filosofía es la supervivencia de la que Brunetière ha atacado en las líneas citadas un poco antes. Y si todavía se sobrevive vagamente a

La actitud pragmatista y esas otras actitudes, que sin ser tan filosóficas, originales e interesantes, conducen a consecuencias afines, siempre tienen, pues, por resultado, la rehabilitación de las antiguas formas directoras del pensamiento humano, a las que desde mediados del siglo XVIII ha hecho retroceder victoriosamente el positivismo científico: religión, metafísica, dogmatismo moral, autoritarismo social en el fondo. He ahí por qué es éste uno de los dos polos entre los cuales oscila todo el pensamiento, toda la filosofía actuales. Este es el polo de la reacción dogmática, del espíritu de autoridad bajo todas sus formas. Es tanto más peligroso cuanto que empieza por presentarse, y entre sus mayores adeptos, como la última y más audaz rebelión del espíritu libre: la rebelión contra la única barrera que aún se tenía en pie, y en la que se había apoyado hasta entonces para derribar las otras: la ciencia y la verdad científica.

Por el contrario, el polo opuesto del pensamiento filosófico moderno, la actitud puramente científica, ya que al hacer de la práctica la consecuencia del saber subordina todo a la ciencia, se caracteriza ante todo por un esfuerzo de emancipación y liberación. De este lado es donde se encuentran los innovadores. Estos son los herederos del espíritu del Renacimiento; tienen ante todo por padres y por educadores directos a los filósofos y los sa-

si misma en nuestro país, débese a algunas influencias poderosas que ejerce sobre nuestra enseñanza secundaria y primaria, por derecho de antigüedad y de ocupación.

bios del siglo XVIII, el gran siglo de la manumisión, y del que Mach ha dicho con tanta justeza: "Aquel que sólo a través de la literatura ha podido participar en este acrecentamiento y esta liberación, conserva toda su vida un sentimiento de melancólica pesadumbre por el siglo XVIII". Para ellos hay una verdad a la que nos aproximamos sin cesar, si no una verdad inmutable. Esta verdad sólo puede alcanzarse por los métodos científicos y no podría encontrarse fuera de la ciencia; la verdad, la ciencia, son las condiciones necesarias y suficientes de toda actividad humana. Allí donde las ciencias no pueden decirnos nada todavía—cosa con la que por desgracia chocamos con frecuencia—, no puede hacerse otra cosa que esperar, contentándonos, bien con lo que ya sabemos, bien con las conjeturas empíricas más verosímiles. En todo caso no hay ningún método, salvo el método científico, que pueda satisfacer nuestro espíritu. Este es, pues, la única disciplina aceptable, la disciplina necesaria.

Esta actitud se parece bastante a la actitud positivista. Difiere de ésta, sin embargo, en que el positivismo ponía fronteras arbitrariamente al poderío de la investigación científica y al dominio de lo conocible, mientras que ella, por su parte, cree que la ciencia tiene vía libre. Sólo existe lo desconocido, pero en modo alguno lo incognoscible; fuera de la ciencia no hay salvación. Cree esto apoyándose en la experiencia, porque la mayoría de las puertas que el positivismo había creído cerradas a la ciencia, ésta las ha abierto después o por lo menos las ha entreabierto. Lejos de tratar de hacernos volver atrás y de poner freno a nuestro pode-

rio, la actitud científica nos impulsa, pues, a marchar siempre adelante, y no nos pide más que audacia.

En el fondo, el gran antagonismo filosófico, como el gran antagonismo moral, político y social, ha sido siempre, y siempre lo será sin duda, *el antagonismo entre el espíritu de autoridad y el espíritu de libre examen*, entre la razón sierva, reducida al papel del instinto, y la razón dueña de sí misma, agente de progreso, luego de rebeldía. Bajo las formas más teóricas, más especiales en apariencia que hayan revestido las discusiones entre los filósofos, en la querrela de los universales, por ejemplo, o en las argucias bizantinas, siempre se descubre, aun sin mucho buscar, el partido de la tradición y el de la emancipación. Este es, diría un biólogo, como Le Dantec, el aspecto de la lucha universal en el dominio de las ideas: la lucha entre el hábito adquirido y el hábito que se crea.

El debate filosófico actual es, pues, para quien sabe comprenderlo, el eco de todos los problemas, de todas las tendencias, de las angustias y las esperanzas de la hora presente.

La filosofía sería, viva, influyente, es una filosofía de la ciencia y una filosofía científica, porque la ciencia ocupa un lugar cada vez mayor—el lugar de honor— en nuestra vida social, moral e intelectual. Nuestra época asiste a la formación de un "sentimiento intelectual" o "científico" tan fuerte, tan vivaz, tan rico en consecuencias de todo género, como los grandes sentimientos que han conducido hasta ahora a los hombres y a las razas. Por esta razón, en las dos tendencias en que se

dividen los espíritus filosóficos, penétrase profundamente en las enseñanzas de la ciencia y en su espíritu. Pero en un caso es para ensanchar cada vez más su jurisdicción, y porque no se quiere aceptar ninguna otra. En el otro, por el contrario, es para limitarla todo lo posible y para que nunca se encuentre en pugna con otra jurisdicción que se instaure a su lado o por encima de ella.

De ambos lados se quiere conocer la ciencia, toda la ciencia. Pero por uno de ellos quíerese esto, si no para exaltarla, por lo menos para defenderla con sinceridad, y por el otro se quiere, si no para combatirla, por lo menos para reducirla y para impedirle estorbar.

§ 7.—Clasificación de los principales problemas de la filosofía contemporánea.

Entre los problemas que encuentran de ordinario los filósofos en su camino, el primero con el que miden sus fuerzas es el problema de la materia. Siguiendo el orden cronológico, ¿no hemos percibido el mundo exterior antes de darnos clara cuenta, merced a la reflexión, de nuestra existencia personal y de desentrañar la noción de nuestro espíritu? Los filósofos, como el vulgo, han empezado por absorberse en la contemplación del universo exterior.

Con arreglo a la lógica, por lo demás, si la filosofía quiere seguir los consejos de Descartes y del simple buen sentido, si quiere ir de lo simple a lo complejo para acostumar y preparar sus fuerzas en cierto modo a las dificultades progresivas con

36760

que ha de tropezar, es por el estudio del problema de la materia por donde conviene empezar. Este problema no implica de por sí ningún otro, mientras que, como se verá, el problema de la vida implica conocimientos derivados del estudio de la materia, y el problema del espíritu, conocimientos derivados del de la vida. El problema moral no podrá abordarse sino después de todos éstos; este problema implica necesariamente los otros, puesto que es un aspecto y la complicación más alta de la vida del espíritu, casi análogamente a como la vida social es una complicación de la vida individual.

Por otra parte, la sencillez del problema de la materia sólo es relativa.

La materia tiene propiedades múltiples. Estas propiedades pueden dividirse en dos grupos: las propiedades cuantitativas y las propiedades cualitativas u organolépticas, como las han llamado ciertos físicos (Mach, por ejemplo); éstas son las propiedades que afectan e impresionan directamente a nuestros sentidos. Las ciencias matemáticas tienen por objeto las propiedades cuantitativas de la materia; las ciencias fisico-químicas tienen por objeto sus propiedades cualitativas.

Por esta razón conviene examinar en primer lugar el problema del número, la extensión y la cantidad, y ver lo que la filosofía actual piensa de las matemáticas y de su objeto, antes de abordar el problema de la materia tal como los físicos se la representan.

El orden de los estudios que vienen a continuación, determinase, pues, así: problema del número y de la extensión; problema de la materia y proble-

ma de la vida; problema del espíritu; problema moral. Terminaremos por breves reflexiones sobre las conclusiones que se desprenden de estos estudios, es decir, sobre el problema general de la verdad y sobre el porvenir que parece reservado a las especulaciones filosóficas.

El orden en que acabamos de enumerar los problemas que se examinarán aquí estaba indicado por lo demás, por el orden en que se encadenan las ciencias fundamentales que agotan el estudio de lo real; ciencias matemáticas o del número y la extensión; fisico-químicas, o de la materia; biológicas, o de la vida; psicológicas, o del espíritu; sociológicas, o de las instituciones y las costumbres humanas.

Como se ha de ver, este orden tiene todavía otra ventaja. Este es el orden en que la filosofía contemporánea se aleja poco a poco de las conclusiones puramente científicas, e interpretándolas quiere superarlas.

Respecto a las matemáticas, los filósofos dicen, casi de unánime acuerdo, que estas ciencias se bastan por completo a sí mismas y agotan su objeto, cualquiera que sea la forma en que conciben éste.

En cuanto a la física, ya hay algunas reservas. De todos modos, los filósofos más autorizados, los que pueden considerarse como los maestros del pensamiento contemporáneo, se muestran aún casi unánimes en pronunciar sobre la física un juicio bastante similar al que pronuncian sobre las matemáticas. El geometrismo y el mecanicismo agotarían la ciencia de la materia, cualesquiera que

sean las ideas—asaz diferentes—que se fengan sobre la materia misma. Por consiguiente, la física, como las matemáticas, tendría en su dominio correspondiente un valor poco menos que absoluto.

Pero cuando se llega a la biología los filósofos actuales se dividen en bandos casi iguales y hasta puede que la mayoría se incline a creer en la insuficiencia de la biología para explicar la vida, por lo menos si esta ciencia persiste en seguir los derroteros por los que se ha lanzado ahora.

En cuanto al espíritu, es una minoría muy precisa la que se atreve a dirigirse a la psicología científica para saber lo que aquél es y que cree en el porvenir de esta ciencia. Por último, si nos acercamos al problema moral vemos que aún se sigue discutiendo la posibilidad de la ciencia que implica: la sociología. Así que, a la inversa de lo que ocurría respecto a las matemáticas, es la casi totalidad de los filósofos la que proclama la insuficiencia de la ciencia en el estudio del problema moral. Procediendo como confiamos hacerlo nos encaminaremos, pues, hacia divergencias cada vez más acentuadas entre la ciencia y la filosofía.

Este notable hecho se debe, creo yo, a que el orden en que vamos a estudiar los principales problemas filosóficos es el orden cronológico en que estos problemas han atraído la atención de los sabios, y, por consiguiente, el orden en que el punto de vista científico ha venido a yuxtaponerse al punto de vista filosófico. Si las matemáticas han empezado a emanciparse de la tutela filosófica en la aurora de la civilización griega, y la mecánica, en su ocaso, y si la física ha seguido este ejemplo du-

rante el Renacimiento occidental, la biología, como ciencia positiva, data de principios del siglo XIX, y la psicología, de su último tercio. La sociología acaba de nacer. ¿Qué extraño es entonces que los vestigios de un espíritu filosófico sin contacto con las investigaciones científicas e incluso a veces hostil a ellas (sobre todo en el estudio del problema moral) se manifiesten con fuerza en el interior de los dominios que hasta entonces le estaban exclusivamente reservados?

¡Qué fácil es en materias tan nuevas manejar las ideas generales y las teorías que están en el aire! ¡Con qué poco esfuerzo se puede brillar en ellas a los ojos de los que incluso padecen ignorancia y que constituyen la inmensa mayoría! Cuando no se sabe nada sobre los hechos nada hay tampoco que impida hablar sobre ellos.

En la Edad Media se ha hecho física con frases. ¿No ocurre hoy lo mismo a veces con la psicología y casi siempre con la moral? Sólo que lo que se hace con frases hállase de ordinario en los antipodas de lo que hacen los sabios. Esta es sin duda la causa de que se acentúen las divergencias entre sabios y filósofos a medida que se llega a los hechos, que son para los sabios, debido a que su conocimiento supone el de todos los demás, los últimos que pueden conocerse.

§ 8.—*El método. Resumen y conclusiones.*

La forma en que se plantean los principales problemas de la filosofía contemporánea indica el

método que convendrá seguir para examinarlos y la fisonomía general de este examen.

El lugar privilegiado que ha conseguido legítimamente el pensamiento científico en la filosofía contemporánea acarrea esta consecuencia necesaria: todos los problemas de la filosofía contemporánea se plantean a propósito de la ciencia. Para decirlo con más precisión, los plantean las mismas ciencias. Por esta razón, cada capítulo de este libro, a la vez que estará consagrado a un problema especial, estará dedicado al examen de cada una de las ciencias fundamentales que ha instituido el hombre. En realidad, de lo que se tratará será *del valor de esta ciencia fundamental, de los conocimientos que puede facilitarnos, de su alcance objetivo*. Los unos pensarán que esta ciencia es insuficiente para agotar la realidad que constituye su objeto, si bien la reconozcan necesaria desde ciertos puntos de vista, y tendremos que ver lo que proponen para completarla. Los otros, por el contrario, absorberán todo lo real en lo cognoscible y todo lo cognoscible en la ciencia. Pero tanto de una forma como de otra, siempre será la ciencia la que constituya el centro del debate, aun cuando a veces haya de salir de él lastimada. Ella es el oro claro que se trasluce bajo las discusiones de los filósofos y que codician a la vez los pigmeos y los dioses.

CAPITULO II

El problema del número y de la extensión. Las propiedades cuantitativas de la materia.

§ 1. El objeto de las ciencias matemáticas.—§ 2. La vieja discusión entre el empirismo y el innatismo.—§ 3. La forma actual del problema filosófico del número y la extensión: la actitud «nominalista» y «pragmática».—§ 4. Racionalismo, logicismo, intelectualismo.—§ 5. Importancia general del problema de la cantidad: lo que en el fondo plantea es el problema de la razón.—§ 6. Las ideas del matemático Poincaré.—§ 7. La relación de las ciencias matemáticas con las otras ciencias de la naturaleza.—§ 8. Indicaciones relativas a la evolución general del método y los conocimientos científicos.—§ 9. Las ideas de Mach, la razón y la adaptación del pensamiento.—§ 10. Lo que nos enseñan las matemáticas.—§ 11. Resumen y conclusión.

§ 1.—*El objeto de las ciencias matemáticas.*

Las propiedades que estudian las ciencias matemáticas se encuentran en los objetos materiales. Estos se presentan, en efecto, como uni-